Advertencias de uso para una máquina de coser

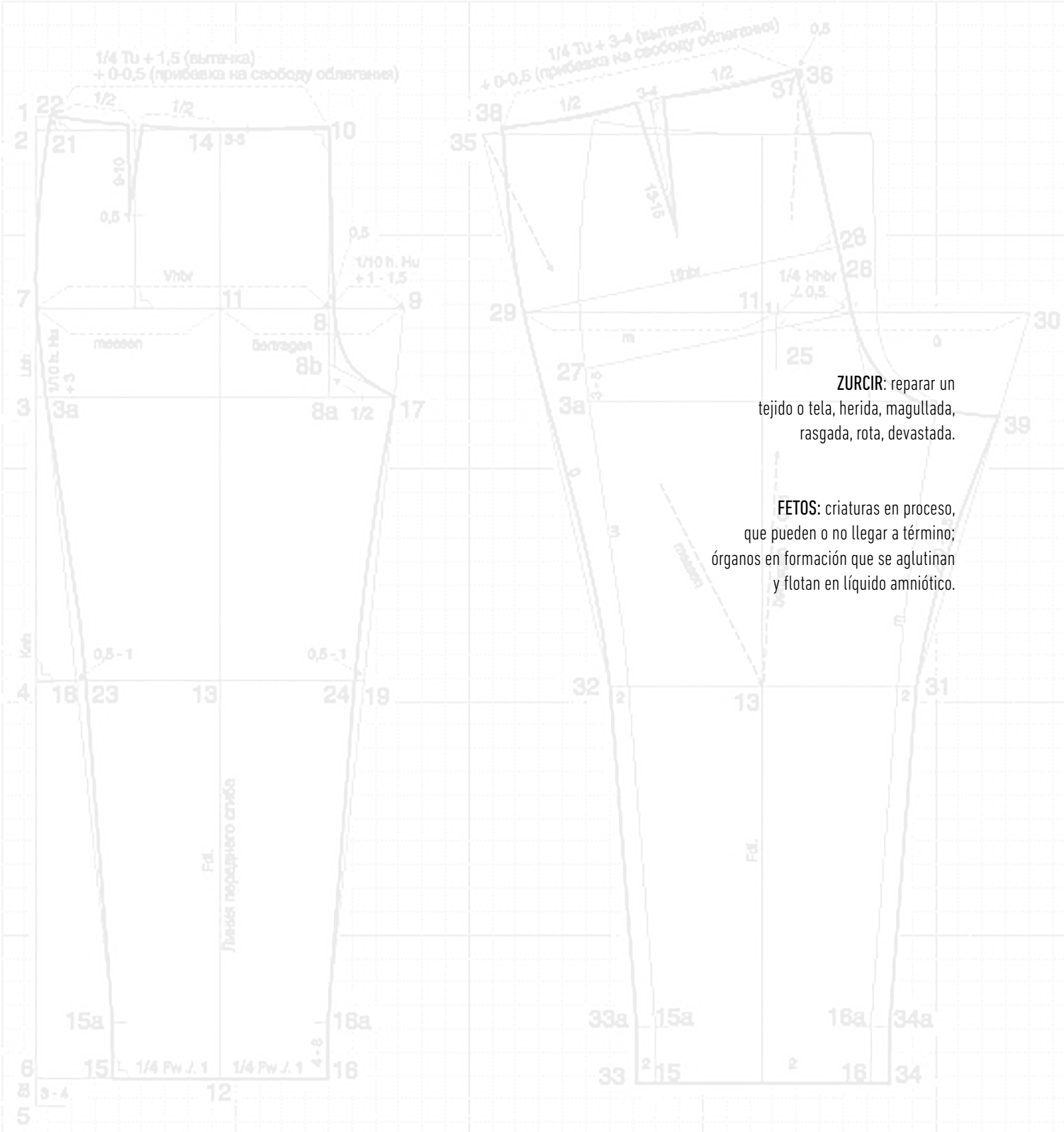
Eugenia Prado Bassi

editorial carnicera

Advertencias de uso para una máquina de coser

Eugenia Prado Bassi

editorial carnicera



ZURCIR: reparar un
tejido o tela, herida, magullada,
rasgada, rota, devastada.

FETOS: criaturas en proceso,
que pueden o no llegar a término;
órganos en formación que se aglutinan
y flotan en líquido amniótico.

editorial carnicera

© Eugenia Prado Bassi

1ª edición impresa en papel Editorial Carnicera en Santiago de Chile, diciembre de 2017.

Editorial Carnicera
Moneda 1741. Local 8.
Esquina Almirante Barroso.

Edición:
Diego Ramírez G.

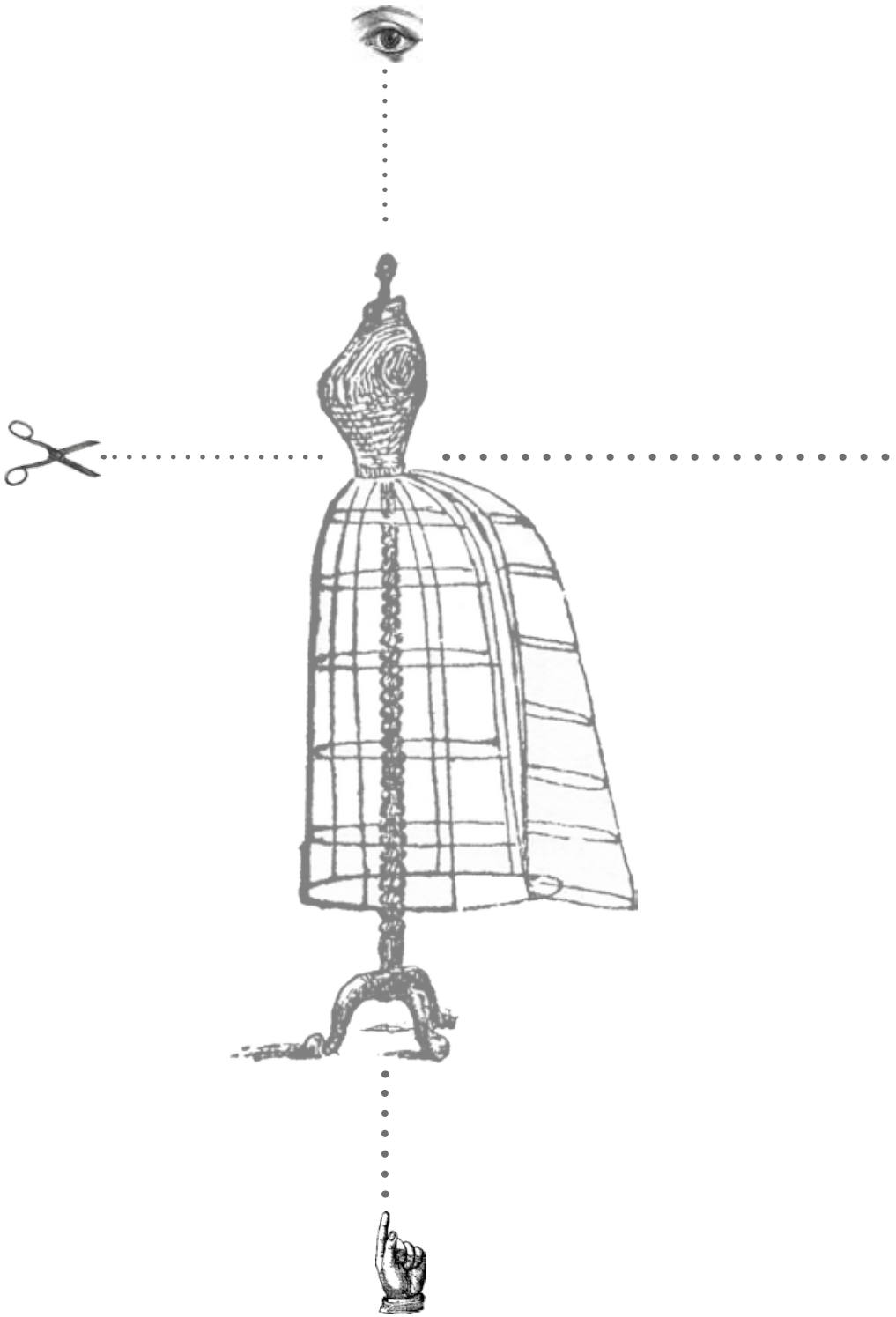
Diseño:
Eugenia Prado Bassi
palabra02@gmail.com

Registro Propiedad Intelectual:
Nº A-276020

ISBN: 978-956-09098-0-0

La madre de la aguja es el punto que sangra. La madre de la aguja es la aguja más vieja del mundo, que parió a todas las demás agujas. En cada una de las manos que cosen en el mundo ella busca un dedo para que sus agujas no lo pinchen. En la maldición el mundo es pequeño; encima de él cuelgan un racimo de agujas y un coágulo de sangre. Y en la maldición acecha la madre del torzal con hilos ovillados sobre el mundo.

La piel del zorro, Herta Müller.



La madre de la aguja es el punto que sangra

Las mujeres nacíamos amarradas.

Amarradas y calladas. Envueltas en géneros o enredadas en telas incomprensibles. Acorazadas en metálicos corsés, vestíamos como jaulas y usábamos sombreros enormes.

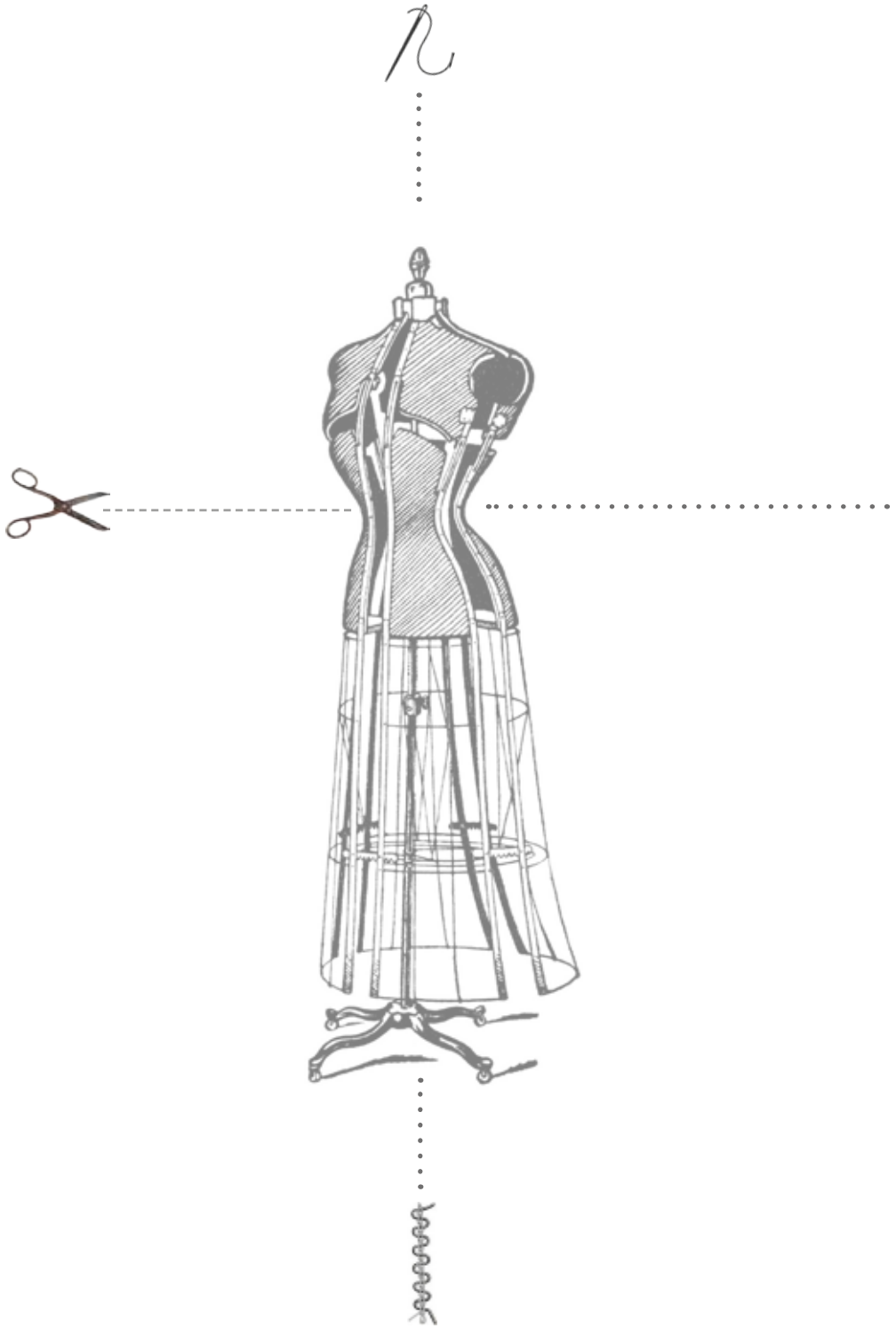
Las mujeres apenas levantábamos la vista.

No podíamos ni debíamos salir solas y las ideas propias, sin consentimiento del padre o el marido, eran consideradas completamente extravagantes.

¿Se imaginan?

Con tanto ser humano que se cuela por los poros de una piel como la nuestra, habrá formas menos enervantes de ser y estar en este mundo, luego de las incontables horas, de tejidos y puntadas y sus innumerables pliegues, cosiendo para ellos.

Cuándo se enfurece la lengua y resbala de obviedad. En qué momento aprendimos a empuñar el lápiz y se iniciaron los primeros ejercicios. Cuándo empezamos a insertarnos en la historia a voluntad, bordadas y cosidas las mujeres a punto de parir, mugir, soltar, o empezaron a resultar incómodos los mismos dramas, los mismos juegos y decidimos extenuar palabras, incluso reventarlas. En qué momento dejamos de mirarnos a los ojos y empezamos a mirarnos el ombligo solo por afán de derribar las fuerzas enemigas, dirección final la guerra, las armas. Dónde se hace cargo usted del montón de carne en esta jungla conteniendo la barbarie.



El Taller

Unidas por hilos o separadas por afiladas tijeras, espejos y botones; veinticinco operarias trabajan en el enorme galpón.

Los grandes ventanales iluminan el recinto facilitando el trabajo durante el día, por las tardes, a medida que el sol decae, las mujeres irán desapareciendo a la luz de las ampolletas de bajo voltaje. En invierno, como en todas las construcciones antiguas, la energía disminuye y el frío y la humedad se condensan resbalando por las paredes, las ventanas y los vidrios.

Así pasan los días de sus días las operarias, sumergidas en una sombría nebulosa. Inamovibles frente a sus máquinas, las mujeres trabajan en silencio y en silencio resisten los prolongados turnos que pueden extenderse horas hasta que el jefe diga lo contrario. Sobre todo en épocas de fiesta, en que se las ve muy apuradas terminando prendas antes de que las acaudaladas clientas lleguen a buscarlas.

¿Es posible coser sedas en una máquina? ¿Se puede?

De vez en cuando alguna suspira.

Un vínculo de heridas se teje entre los pespuntes y cierres. Rivalidades, deseos, amores y odios se comparten en aquella complicidad que bordea la zona de pinchazos. De vez en cuando se escucha algún quejido a causa de las recurrentes agujas. Difícil es coser en redondo y en las esquinas. No queda más que practicar y seguir practicando aunque te duelan los brazos o te sangren los dedos. Así se les pasa la vida a las operarias. Algunas se hacen amigas; otras, esconden secretos en las bastas o en los pliegues de una piel que no cierra.

En el taller están todas; las bravas, las desobedientes, las peleadoras, las que rasguñan y se rajan, las que se ganan el mejor puesto, la mejor luz. Y si no fuera por nosotras, ni siquiera tendrían pantalones. Pero, ¿y eso a mi de qué me sirve?

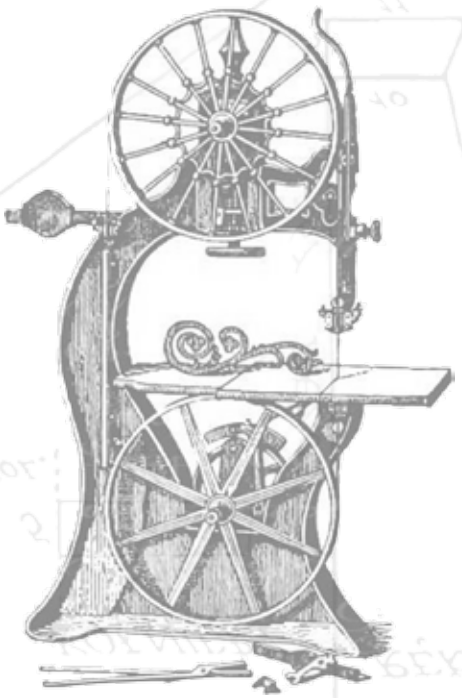
Siempre habrá una más atrevida pero también la conservadora; la bien casada, convencional o la coqueta y desinhibida, por citar solo algunas, también la experta en problemas, capaz de liberar a las mujeres en el hastío y los dolores.

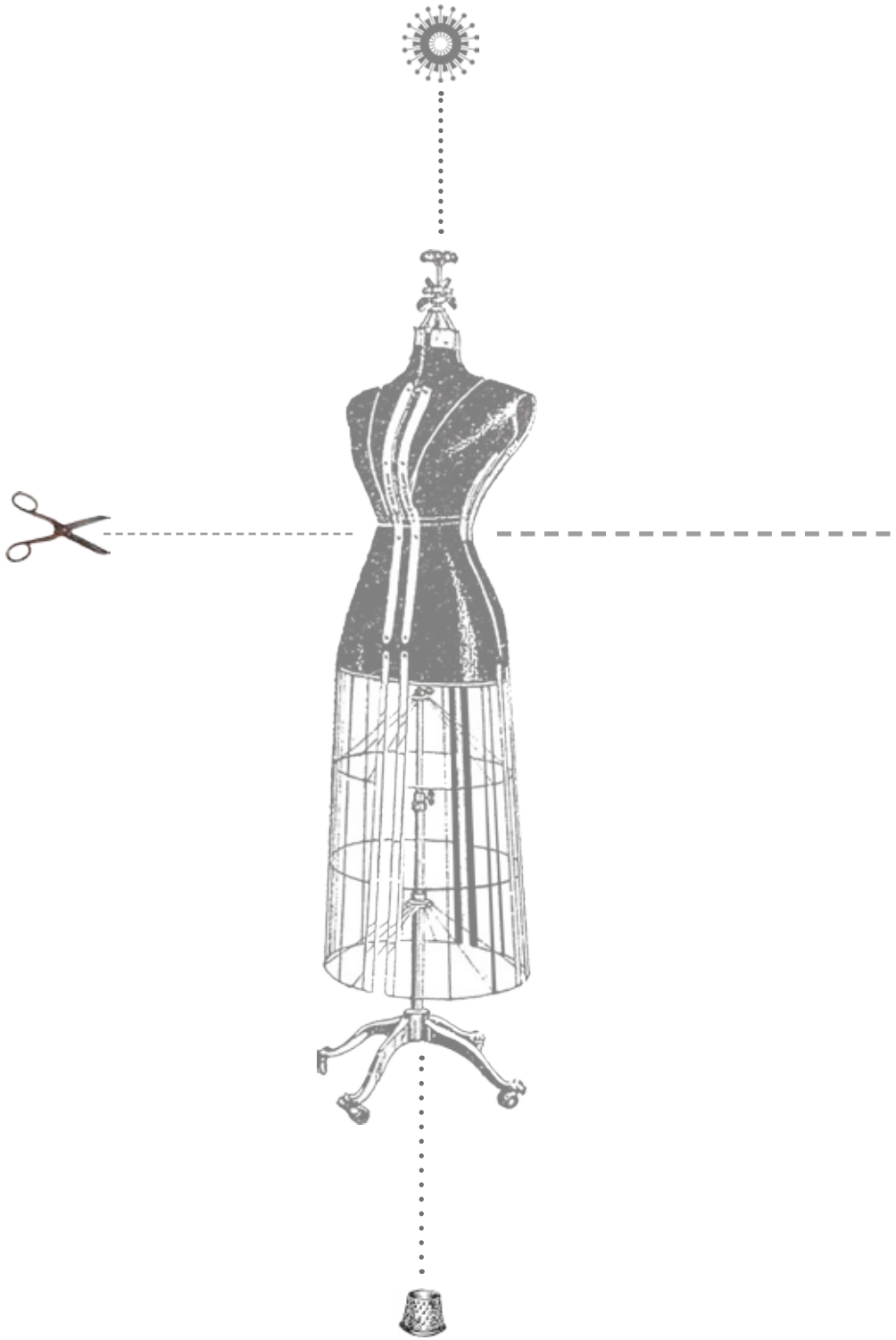
Todos los días a la misma hora, las mujeres toman un descanso. Entonces, aprovechan de intercambiar historias de sus vidas personales. El marido de una, la madre de otra. Mis hijos, dice una de las operarias que trabaja al fondo del taller.

En el entramado de todas estas piezas el taller es un observatorio de conductas y las mujeres, un todo por organizar. Algo fundamental tienen en común, su trabajo se paga. Una vez al mes, se chequea la producción de la fábrica y se efectúan rigurosos exámenes y mediciones que confirman la resistencia de los cuerpos.

Nombre. Cargo. Oficio. Horas de Producción. Cantidad de prendas defectuosas. Rendimiento máximo de operarias por turnos.

AGUJA: sirve para atar una zona a otra. Barrita de metal punteada con un agujero en el extremo. Antes de empezar a coser, se recomienda un buen surtido de agujas, de tamaños y grosores distintos, de acuerdo a los materiales que piensa coser.





Las quejas

Hay días en que todas se quejan al mismo tiempo. Las primerizas se quejan de dolores cuando no pasan de los treinta. Manzanilla caliente, grita una. Agüita de Orégano, dirá otra. Las más viejas se quejan de la vista o de la espalda, otras se quejan del mal tiempo y los dolores de los huesos. Se quejan con silbidos en los bronquios. Se quejan por el humo del cigarrillo, por la tos y los pulmones. Se quejan del frío, del calor y del horror de los pinchazos. Se quejan cuando el dedal se pierde o la aguja se incrusta en la carne, dejando pequeñas estelas color marrón. Se quejan por la mala paga y los abusos, por los interminables turnos, por los hospitales y las enfermeras. Se quejan por los hijos y las hijas y por los maridos. Se quejan del exceso de trabajo y, otra vez, al llegar a casa, se quejan de lo mismo, cuando los demás no colaboran. Se quejan de los turnos extendidos. Se quejan del cansancio y más allá del cansancio. Se quejan de la máquina que nunca se detiene.

Los murmullos se prolongan. Con el tiempo te olvidas y los pinchazos ya no duelen. Te acostumbras –dicen las mujeres mientras las jóvenes muchachas esconden los dedos tratando de huir de la aguja que busca y roza y no se detiene.

Luego de una hora exacta de colación aparece la jefa. A trabajar. A trabajar –dice, aplaudiendo. No me miren así. Si conversaran menos, no estarían atrasadas.

Los plazos

Siempre, por alguna razón, las entregas se atrasan. Lo más difícil es el pedal. Las más jóvenes colapsan tratando de equilibrar el movimiento de las piernas. Sus cuerpos se rozan con las telas. El secreto está en ajustar el peso, centrar la espalda y enderezar el cuerpo –susurra alguien. Pura falta de experiencia. Algunas sufren tratando de enhebrar la aguja, otras nunca aprenden a calibrar el hilo o equilibrar los pedales. Las máquinas pueden ser aterradoras y complejas. A veces, poco tiene que ver con saber usarlas. Hay mujeres que decidieron probar suerte y detestaron el oficio, o las que sufren la vida entera frente a la máquina pero a punta de necesidad se obligan a sincronizar los movimientos hasta dejarse llevar por ese vaivén.

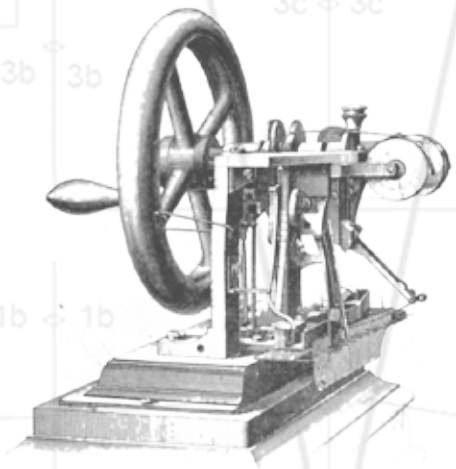
Si al coser la tela se aprieta lo más seguro es que la tensión del hilo no se ajuste, lo que hace que la puntada se descalabre. Alguien llama a la jefa. Un cliente reclama por un pedido atrasado. Las mujeres se niegan a trabajar más horas extras, hartas y cansadas. Es el tercer fin de semana seguido –reclaman. La noticia rápidamente llega a oídos del dueño.

Las ideas en una mujer, son pésima combinación –afirma el dueño. Una mujer inteligente es como una bomba de tiempo.

Se escuchan cuchicheos, murmullos, suspiros bajo las faldas pero nadie dice nada. Ni quejas ni reclamos. Todas saben que siempre habrá una larga lista de mujeres esperando por un puesto de trabajo allá afuera. ¿Alguna pregunta? También saben que no pueden permitir que el miedo las deje lejos de controlar las máquinas.

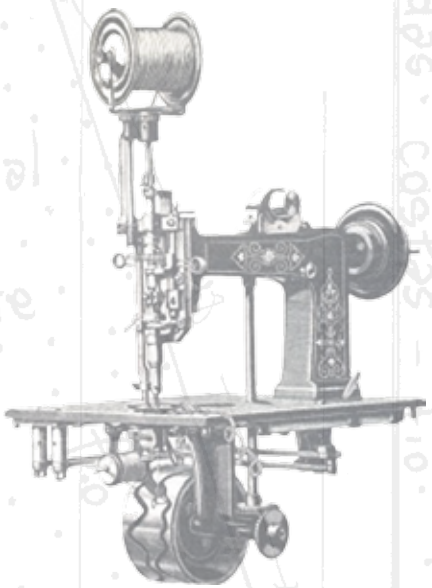
Mercedes cierra el cuaderno.

MÁQUINAS: enjambres con que se enredan, arman o desarman los objetos que operan en unión para productivizar o generar utilidad, actividad, desazón, ideologías y razones comunes. Dícese también de uniones de piezas y partes, mecanísticas, mecánicas o carnales, cuerpos-máquinas, que generan intercambios, parentales, filiales, amatorios o que, en sí, unidas funcionan.



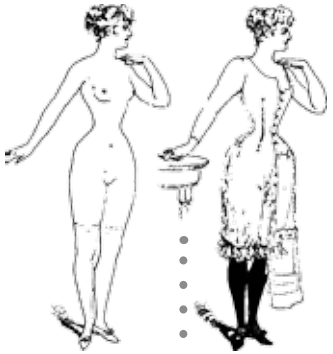
Ejercicios para el uso de una máquina de coser

- Configura la máquina en tu puesto de trabajo.
- Abre la tapa superior del mueble.
- Levanta la máquina hasta que encaje sobre la cubierta.
- Comprueba que no haya pelusas o hilos sueltos.
- Instala la correa que une el pedal con la máquina.
- Comprueba la aguja de inserción. Elije el hilo.
- Inserta la bobina.
- El mismo proceso se invierte al final.



Precauciones de uso

- Desenchufa la máquina antes de enhebrarla.
- Mantén los dedos lejos de la aguja.
- Si la aguja no pasa a través del género desiste puede que estés cosiendo demasiada tela.
- No fuerces la máquina.
- Al coser, no coloques los dedos debajo de la aguja.
- No cosas sobre los alfileres que sujetan la tela debilita la costura y puede romper la aguja.



Y si uniéramos los textos como cuerdas
y desbaratáramos los cierres para escapar de las celdas

Las voces del taller

Aprendí de mi madre todo lo que sé. Desde el corte y confección rápido hasta la alta costura. Aprendí a cortar y coser vestidos, camisas, pantalones y blusas. Incluso vestidos de novia o de gala. Mi madre se amanecía preparando telas o terminando alguna prenda, escogiendo moldes y si no tenía trabajo los fines de semana, dedicaba el tiempo a la manutención de la máquina.

A mi me pasó al revés. De la infancia que recuerdo detestaba a las niñas y nada sabía de estas cosas. Me crié sin costuras ni dedales, lejos de mi madre y de las labores femeninas. No conocí el disfrute por las prendas, ni me gustaban esos juegos. Prejuicios adolescentes, porque si hubiera conocido las ventajas, me hubiera encantado montar mi propio taller y hacerme la ropa. Coser es algo que no requiere mayor inteligencia, decía mi padre. No aprendí en los tiempos de las señoritas y me apena. Ya tengo demasiada edad y nunca aprendí a coser, solo me queda estar pegada en el hilván.

Desde muy chica me interesó el arte del buen vestir, considerando que es un oficio casi incomprensible y tan difícil. En el colegio aprendí con habilidad. Siendo adolescente, ya disfrutaba haciéndome la ropa y también la de la gente que quería. Pronto, coser se transformó en oficio permanente. Y coser en casa en un segundo trabajo que incrementaba mis ingresos. Ya saben cómo es una mujer sola con niños. Tuve que asumir responsabilidades y me dediqué a coser las prendas más difíciles, incluso trajes de novia.

Tuvimos una profesora exigente y muy desagradable en el colegio. Era alta, maciza y disfrutaba poniéndonos nerviosas a mí y a mis compañeras. Le gustaba pasearse por la sala mientras cosíamos y emitía un desagradable sonido al respirar. A veces se paraba al lado de una de nosotras dando pequeños golpes con el pié contra el piso cada vez más rápido y de un zapatazo corto y preciso nos hacía saltar.

Un día entró en la sala, acompañada de una señora enorme, y que, de señora, no tenía nada, pues su comportamiento fue grotesco desde el principio. Después de mirarnos de arriba a abajo la profesora se paró frente a mí. Tú harás su vestido, dijo apuntándome. Su mala intención era evidente, y estaba buscando la forma de joderme. Seguí el protocolo de manera correcta. Demoré dos sesiones completas solo en tomar sus medidas. Paso a paso, fui siguiendo cada una de las etapas hasta que el vestido estuvo terminado. Pero resultó que al momento de probárselo, a la dama no le gustó, pues dijo verse muy gorda. Ustedes comprenderán que una mujer con exceso de peso no siempre puede verse bien. Fue una experiencia tan horrible que, después de eso, decidí tomar un curso para aprender a coser ternos.

Vengo de una familia árabe donde hombres y mujeres cosían. Jugué con alfileres de cabezas de colores, me gustaba pincharlos en una almohadilla mientras los otros conversaban. Telas y máquinas fueron mi paisaje. En casa había de todo en materia de costuras, también hilos por doquier, algunos enredados en malas maniobras. Lápices, bicolor, rojo y azul, con sus dos puntas siempre afiladas para facilitar el trazado; tizas y papeles de molde; y reglas y escuadras. Había huinchas de telas graduadas en centímetros y hasta milímetros y reglas de palo para todo tipo de medidas. Ellos jamás me enseñaron a coser ni quise dedicarme a la costura. En mi casa, si el oficio no afloraba de manera natural, no había que forzarlo.

Yo estudié en el colegio de monjas de un pequeño pueblo del Sur. Con aguja gruesa y lana, aprendí a dar mis primeras puntadas y coser a mano sobre cartones marcados para "Artes Manuales". Durante la adolescencia, recibíamos clases de "Vestuario", "Tejido" y "Bordados"; también de "Economía doméstica" y nunca olvidé el protocolo de las clases antes de empezar el trabajo. Con los años, el colegio se convirtió en Escuela Técnica Profesional, pero continuaron con la idea de que las mujeres eran "señoritas", "esposas", "madres" y "dueñas de casa".

Sigo el oficio de nuestras madres y abuelas y me siento heredera de sus dones. Soy ambiciosa y esforzada. Hago doble turno para que nada le falte a los míos. ¿Y qué? Una de mis ventajas es ser muy puntual. Me enorgullece cumplir los plazos. Empecé con clientas de paso y ahora tengo clientas fijas, una garantía de que todas se van felices con el trabajo.

Vivíamos en una casa grande y teníamos una pieza especial para la costura. Mi madre era maniática del orden. Todo estaba clasificado según sus usos. Había juegos de escuadras, incluidas las curvas, que colgaban de la pared. Alfileres puntiagudos prendidos a los moldes y telas, que cuando terminábamos de usar, debían conservarse en el alfiletero para evitar que se oxidaran. Al lado de la mesa de la máquina había una largo mesón ordenado según las distintas etapas y utensilios. Las tijeras en sus respectivos estuches. Rectas para la costura y en zigzag para evitar que se pierda filo en la tela. Recuerdo el espejo de muro que se cubría la pared

completa, fundamental en el taller, así como el maniquí de curvas moderadas donde probarse y acomodar las prendas, observar la caída natural de las telas, además de facilitar el remate de detalles.

Mi casa siempre estuvo tomada por pilas de ropa que se acumulaban sobre las mesas, los muebles, las sillas. A fin de año, no faltaban los trajes de fiesta para las graduaciones y los aniversarios. Recuerdo que la muralla del comedor se llenaba de papeles con encargos para evitar pedidos rezagados. Había bobinas de todos los colores, según las cromáticas de las prendas; lápices de arcilla de colores pálidos para marcar directamente sobre la tela y que el color no quedara marcado, la carretilla con una rueda plana dentada que tenía mango de madera y cuando la pasabas iba dejando marcados los puntos sobre los cuales iría la costura sobre un papel encerado, se utilizaban en la mayoría de las telas salvo las muy finas, que tendían a arrugarse.

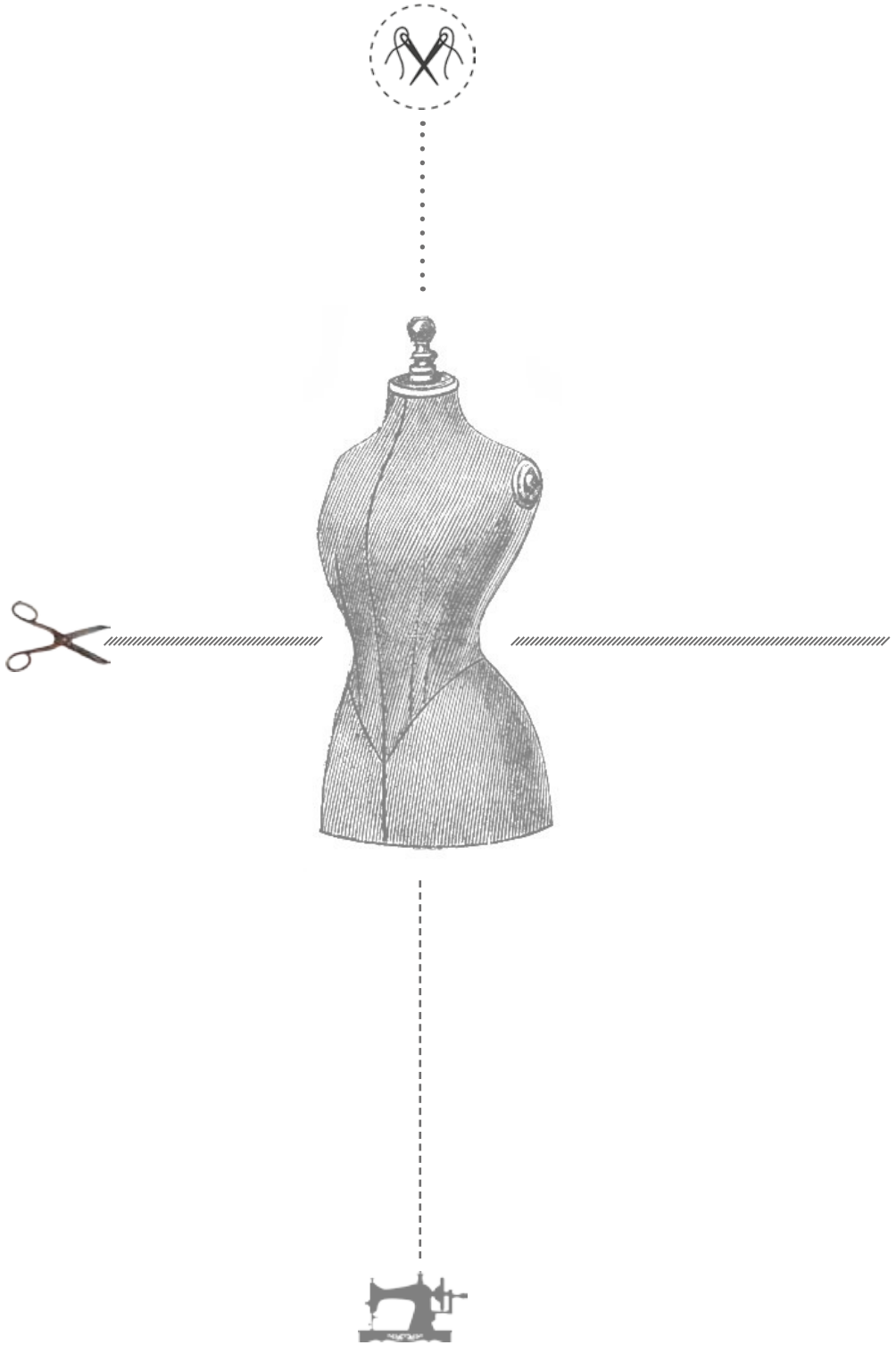
En mi juventud de esos años había una máquina de coser en casi todas las casas del barrio. Las mujeres teníamos que practicar hasta aprender a hacernos la ropa para continuar con nuestras labores femeninas. Al final, salíamos de cuarto medio con vestidos, faldas, blusas y hasta la ropa interior cosida por nosotras mismas.

Recuerdo los pinchazos, cuando el dedal se esfumaba o desaparecía entre las telas. De plástico, metal o hueso. El dedal era una pieza indispensable en la costura y el bordado que hacíamos a mano.

Y qué me dicen de la relación con las clientas. El estrés del cobro. El pago y el no pago. Y de las poderosas madres-padre, que se ocupaban de nuestras vidas. Cuánto duelen esos recuerdos que arden en algún lugar de las infancias cubiertas por las aguerridas madres-padre, atómicas, capaces de viajar a la velocidad de la luz cruzando estrellas y planetas en el universo.

Crecí en estos oficios, ayudando a mi madre con los pedidos. Hilván, costura menor, bastas. Ella me impulsó a conseguir trabajo y encontré un puesto en un taller donde trabajaban otras cinco operarias. Aunque mi marido nunca estuvo de acuerdo. Y si no le gustó, tuvo que irse. Ya saben, la madre siempre manda. Ella también se dedicaba a estas labores. Ella hacía de todo y más para agasajarnos. Los vestidos y atuendos que cosía eran piezas exclusivas, creadas para nosotras, los diseños eran tan fabulosos que nos dejaban en pésima posición, a mi y a mis hermanas, presas de la envidia de nuestras compañeras. Siguiendo los pasos de mi madre, cuando ya era una mujer me dediqué a recolectar ropas, de esas que ya no usaban las amigas o que vendían en las ferias y empecé a combinar los materiales. La mayor parte de mis piezas son adaptaciones, hago prendas únicas que tienen carácter y estilo.

Hace quince años empecé a trabajar en los talleres pero desde siempre quise tener mi propio tallercito en casa. Llevaba años ahorrando para eso y, aunque no me crean, estaba convencida que cumpliría mi sueño. Pero hace un tiempo mi madre enfermó de algo que no podían precisar hasta que recibí la pésima noticia. Tenía una enfermedad degenerativa, incurable y costosa. Me dediqué a cuidarla. Aprendimos una nueva vida juntas y hasta me acostumbré a la madre enferma que sepultó mis sueños. Ahora solo tengo este taller.



Mercedes

Mercedes es experta en trajes. Su trabajo comienza con el hilván. En la fábrica se dedica a la confección de ternos y faldas, pero el corte de prendas es su mayor habilidad. Sabe que lo primero es aprender a no desperdiciar la tela y ceñirse rigurosamente a los moldes y patrones. Mercedes trabaja como asalariada, a merced de otros que se llenan los bolsillos y lo peor de todo, es que ella lo sabe. También sabe que de todos los inventos, la máquina de coser es el más extraordinario.

Mercedes no está casada, tampoco pretende estarlo. No quiere hijos y si no fuera por la enfermedad de su madre disfrutaría más que nadie la soledad. Cada día, de regreso a casa, se encarga de llenarla de atenciones. Hasta que se queda dormida. Lentamente, sus músculos se han ido contrayendo y se le hace más pesada la carga.

Mercedes sigue con atención los parámetros de la moda y cada vez más clara en sus ambiciones. Por ahora, sueña. y se contenta con un pequeño tallercito ubicado en la parte de atrás de la casa y se amanece cosiendo por encargo, de otra forma, no habría podido costear la enfermedad de su madre. Entonces, se sienta frente a la máquina y deja que sus manos avancen por la tela. No en vano y con algo de suerte, ambas mujeres han podido sobrevivir gracias a ese trabajo. Todo suma. Maniquís. Tijeras. Reglas de madera para cortes rectos y también curvos; tizas de colores y blancas; alfileres y otros utensilios más pequeños. Dedales y agujas guardados en cajas y cajitas; rigurosamente ordenadas.

Mercedes no sabe separar la realidad de la fantasía pero se las arregla; atenta al vértigo moderno, el negocio de la guerra y los conflictos del dinero, es buena lectora y se deja interesar por los temas del mundo. Es obrera calificada y *Singerista* por excelencia, está orgullosa de ser una de las primeras en aprender a usar la máquina. Trabajar en el taller le ha permitido conectarse con otras mujeres y compartir problemas, desazones o conflictos.

¿Es posible coser sedas en una máquina? ¿Se puede?

Al girar la manivela el hilo avanza.

El recuerdo se destraba.

El punto está en saber unir las telas y lograr que ambos paños puedan desplegar su mejor caída. Los saberes se acumulan, palabras y goces nos alejan de los privilegio de los hombres.

Agujas y punzones.

Mercedes intenta concentrarse pero su cabeza se llena de cosas. Se encandila con los hilos, los botones, los encajes. Destruir supuestos y mínimas verdades, y que se diga que en el dios de los hombres, las mujeres padecemos fuegos perjudiciales.

El ojo sigue finamente el movimiento de la tela. Mercedes no para de imaginar cosas pero jamás pudo imaginar una familia. El calvario de los hombres.

Siguiendo las costuras, sin perder de vista el movimiento de los dedos. Hacia arriba, hacia abajo, se encandila con los hilos, los botones, los encajes. Atenta al incesante movimiento de la aguja se prepara. Presiente que pronto se vendrán tiempos extraños.

Entre sus múltiples oficios, Mercedes fue peluquera, promotora de lavadoras automáticas y vendedora de telas hasta que gran parte de las fábricas empezaron a cerrar sus puertas.

La libreta

Mercedes escribe bonito. Cuando se le ocurren cosas las anota en una libreta que luego esconde en el bolsillo del delantal. Pero la libreta no solo sirve para escribir ideas. También le gusta coleccionar historias ajenas que se mezclan con apuntes de costura o detalles que atesora de otras prendas.

Mercedes piensa que es bueno dejar registros de los tiempos que se viven. Piensa en las mujeres que vendrán, las de los próximos talleres, más modernos, más fríos y blancos o más higiénicos, pero iguales a este, donde abundan las historias de mujeres viviendo en las mismas condiciones de explotación.

¿Qué más tienes ahí, Mercedes? Muéstranos qué tanto escondes en la libreta. Cuchichean las mujeres. Aprovechemos antes de que llegue la jefa. Y, qué tanto. Responde ella, si de todas maneras nos toca trabajo el fin de semana. Que no joda. Y todas las mujeres se ríen. Mercedes salta de un tema a otro sin dificultad y lo disfruta. Siempre habrá palabras para alegrar la vida de sus compañeras y seguir cosiendo historias, como las bordadoras que con una precisa oscilación de sus manos consiguen rotar los ejes.

Coser para la libertad. Zurcir. Almidonar las telas, los bordados. Desandar por las calzadas. Contra un tiempo en reversa, manipular esos pedazos y que de algo pudieran servir sus testimonios, apuntes o notas.

¿Y si buscáramos descoser los mismos hábitos?

Mercedes cierra la libreta.

Hablar como si las vidas privadas no existieran,
como si cada una pudiera diluirse en el paisaje de las demás.
Como si todas fuéramos una misma voz
con sus tiempos y cauces.

Haz tu propio cuaderno

Cuando Mercedes empieza a coser todas ellas cosen amplios escotes con ajustadas telas sobre el maniquí y cuando Mercedes besa el maniquí todas las mujeres ríen; entonces visten y desvisten el entallado cuerpo con sus gestos de modista.

Y si alguna se pincha un dedo, todas murmuran al mismo tiempo en memoria de las otras, gordas, flacas o elegantes, verdaderas mártires que sufrían las penas del infierno con el vientre aprisionado entre los alambres. Y por las escuálidas que no probaban bocado, respirando apenas a fin de sorprendernos.

Cuando Mercedes viaja, todas las demás viajan con ella. Sinceras, comprometidas, sensuales o recatadas, las mujeres son su mejor aprendizaje. Sus curvas le permiten escapar de las asfixias. Se las imagina enredadas en telas y vestidos grandiosos o circulando por pasarelas elegantes.

Y qué Mercedes. Acaso tiene ojos solo para algunas, le preguntan y hasta puede que tengan razón. Más de alguna será elegida la del mes y la que tendrá las mayores atenciones.

A veces, Mercedes duda entre una cosa y otra y luego se arrepiente. Intuitivamente se deja guiar por la cadena de quejidos incómodos, como incómoda es la lengua que pulsa por transcribir todas esas imágenes y palabras que dan vueltas en su cabeza. Mercedes disfruta contando historias al tiempo que se roba otras, mientras las demás mujeres ni se enteran, pero cuando Mercedes se bloquea, todas callan. No es bueno cortar las piezas. Cuando la tela es muy delgada es preferible

no ahondar demasiado. Intuitivamente, Mercedes se deja guiar por la cadena de quejidos incómodos, como incómoda es la lengua que pulsa por transcribir imágenes y palabras que revolotean por su cabeza.

Qué más tienes ahí, Mercedes. Insisten las operarias.

Qué tanto escondes.

A la salida del trabajo y a pesar del cansancio, algunas mujeres se aglutinan junto a Mercedes para que les lea sus últimos escritos.

Reconoce que por años tuvo distancia y algo de desdén por la costura y los oficios de las *féminas*. Como las piezas de una máquina, estamos condenadas a una misma posición.

Coser se volvió irritante, un tedio, sobre todo para las mujeres, y no solo para algunas. Eran cientos, miles y millones de mujeres, obligadas a zurcir y remendar prendas en los tiempos que las ropas eran infinitamente más escasas que las que se compran por kilos, de país en país, de pobreza en pobreza, de descalces y siutiquerías.

Mercedes cierra el cuaderno.

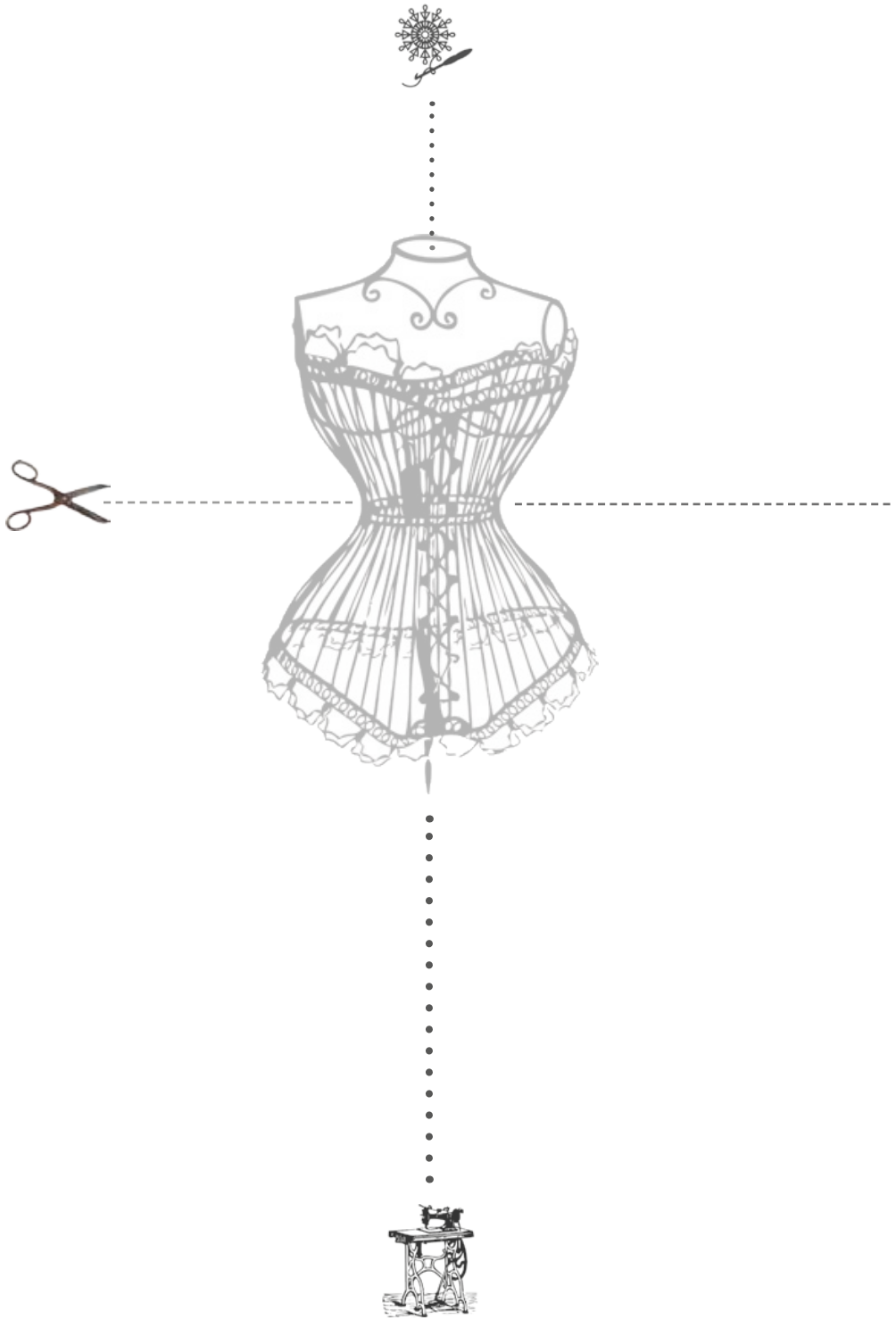
Diario de vida de una costurera

¿Pueden imaginar una hormiga separada del resto?

La primera vez que tuve conciencia de mi soledad tenía seis años. Vivíamos en una casa de dos pisos con un gran terreno con árboles frutales, damascos, ciruelos y un limón. En el patio trasero había dos piletas y otras plantas que trepaban por las rejas delimitando el recinto. Mientras jugaba con la pelota, fue a dar a unos matorrales. Me arrastré entre los arbustos y vi una larga hilera de hormigas que seguían un camino muy definido. Veloces y atareadas, caminaban llevando sobre sus antenas ramas, hojas secas, insectos caídos en combate y otras hormigas. Había encontrado mi primer escondite. Luego de algunos intentos, logré que la hormiga subiera a uno de mis dedos y siguió subiendo por mi brazo derecho. Me fui rápido a la cocina para que no se arrancara. Cuando estaba adentro, empecé a soplar hasta que la hormiga voló cayendo sobre la mesa. Desorientada, caminaba y se detenía moviendo las antenas como tratando de ubicarse. Avanzó un buen tramo. Entonces supe que jamás llegaría a reunirse con sus iguales. Verla perdida y lejos del hormiguero me hizo llorar. Supe que no sobreviviría en esas baldosas. No pude con la pena y salí corriendo mientras la hormiga siguió subiendo sin destino ni futuro por las baldosas.

Híbrida, difusa, inconstante, descentrada, inmunda, ilegal, periférica, histérica, infecciosa, hormonal, contaminante, hilarante, indómita, metódica, inmanejable, incestuosa, enervada, incierta, contradictoria, mínima, recatada, femenina, incómoda pero permisiva.

Mercedes cierra la libreta.



Los apuntes de Mercedes

La primera función de las máquinas fue liberar los tiempos humanos de algunas labores. La máquina de coser es el mejor invento, sin ella seguiríamos recluidas en nuestras casas, a merced de los maridos y todavía coseríamos a mano.

Así parte la alta costura y la gran expansión de la industria. Pronto, todo se fue acelerando y también las máquinas y hasta el tiempo mismo con sus descalces humanos. Pero algo sucedió en la ecuación que los desajustes empezaron a aumentar y ni el tiempo sobraba ni las ganancias crecían. Las vidas de las gentes no mejoraron y todo se volvió desventaja para nosotras las mujeres.

Pero para bien o para mal, las máquinas se arman o desarman y en esos roces van produciendo los artefactos; en algún punto del colectivo se acoplan unas con otras las máquinas para el bienestar. El vestuario y el calzado se multiplican en los cientos de talleres y fábricas. Un despertar distinto de puertos y barcos con hombres que arriban cargados de negocios. Sofisticados paños de algodón o de seda y tejidos importados arriban, colmando el mercado nacional. Abundan los intercambios y la competencia crece.

Se incluyen pesares y bienestares de otros sueños que debieran interesarnos a todas las mujeres, pero nos cuesta tanto la consecuencia. En el silencio se produce la mayor explotación. Son los tiempos de la mano de obra barata; de costureras y bordadoras; de las señoras elegantes y de la alta costura; de sombreros y prendas confeccionados por modistas o sastres, sin olvidar las sombrereras.

Cuenta Mercedes que en las antiguas fábricas textiles mientras todas cosían, una leía libros, literatura, y que entre ellas se turnaban. Deberíamos incorporarlo como una práctica en el taller. Más de algo aprenderíamos de la vida más que de nuestras propias miserias. Es algo que debiera interesarnos a todas, pero sé que a muchas, nada de esto les interesa. Una lástima. Las mujeres tenemos la atención dividida y la capacidad o adiestramiento para escuchar y coser o pensar incluso, a la vez.

Las mujeres suspiran y se miran. No es cierto, Mercedes. Cuéntanos más y quédate con nosotras.

Hay de los días en que Mercedes no puede quedarse quieta, cuando se pone a trasmitir, no la calla nadie. Habla de las industrias y los barcos. A veces se sube a la silla y emprende una arenga. Mercedes tiene habilidad para ir hilvanando historias que más o menos trata de explicar a las demás.

A la calle las protagonistas de todos los silencios. Las profundamente desconocidas. Todas a la calle. Exigimos mejores condiciones y una paga justa. Nos usan para este tipo de trabajo. Todas a la calle. Se vienen los tiempos para nosotras las mujeres. La urgencia de insertarnos.

¿Estamos de acuerdo?

Todos los relatos sirven.

¿Puedes imaginar una hormiga separada del resto?

América del Sur, mediados del siglo veinte.

Hay noches en que Mercedes se amanece adentro de la cama, recorriendo las páginas del cuaderno y se fascina con todo lo que ha podido acumular. Adora cuando los textos se cruzan con imágenes.

La moda de las clases adineradas era todo menos cómoda.

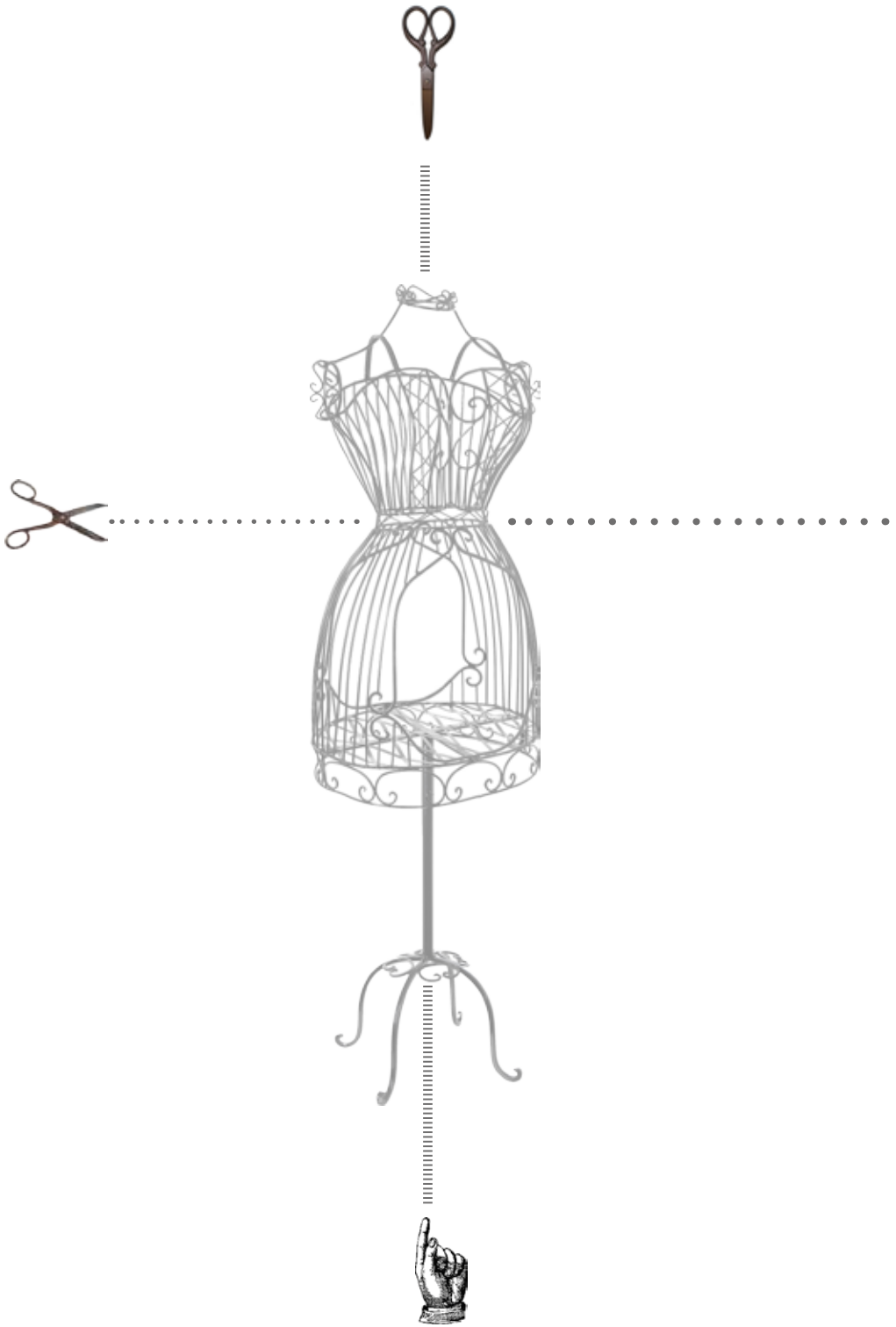
Durante todo el siglo XIX, los ajustados corsés dominan los entallados cuerpos femeninos. Así, las zonas prohibidas del cuerpo se escondían bajo el insinuante y decimonónico corsé que acompañaba la indumentaria femenina de la época.

¿Se imaginan, las siluetas de las mujeres moldeadas, no solo por el corsé sino por otras jaulas? Crinolina, Miriñaque, Polisón, contrastan con las angostas cinturas en faldas ahuecadas y muy anchas. Hormas como crisálidas de metal moldean las siluetas abultadas, especialmente en las curvas otorgando los diferentes volúmenes a los cuerpos. Estilo y clase, según corte de la prenda y varillado para resaltar el busto y afinar la cintura. Envueltas en esas cárceles, las mujeres ocultan sentimientos, emociones y vergüenzas. Obligadas a ofertar sus inflamadas tetas en los escaparates como cerdos en el matadero.

No hay que olvidar que a fines del siglo XIX, era impensable que las mujeres no lleváramos corsé o que un día vistiéramos con pantalones o que mostráramos las piernas.

Tiene que ver con los tiempos, los contextos. Según cómo la gente se viste, es como vive. Así nos ven los demás. Las ideas se refrescan. Se cruzan las historias. Las mujeres se nutren. Pero hay un punto donde la repetición pierde sentido y todo se vuelve banal, incluso el bienestar. Siglos atrás, la moda seguía directrices estéticas, despreocupándose por la comodidad o bienestar físico. Puede parecer que la moda es un placer frívolo que reafirma la vanidad y nos divide en clases sociales, pero la moda es el andamiaje sobre el cual nos desplazamos.

Escribe Mercedes en su cuaderno.



Para la confección de un cuaderno personal

Las amarras se resuelven con leer y escribir. Se nos abre la cabeza y se nos sueltan las alas. Ataduras, ligazones y leyendas. Pinceladas de historias y arraigos sirven para entender mejor las elecciones que tomamos. De la casa al taller, del taller a la casa se nos pasa la vida.

Mercedes saca de la libreta un papel amarillo encerado y lo va desdoblando hasta convertirse en un gran molde de papel.

Les tengo esta primicia, dice, y lo muestra a sus compañeras. Moda primavera verano. Con todo lo que se viene para la próxima temporada. ¿Qué les parece? Me la encontré en una de las últimas revistas que esconde la jefa en el armario.

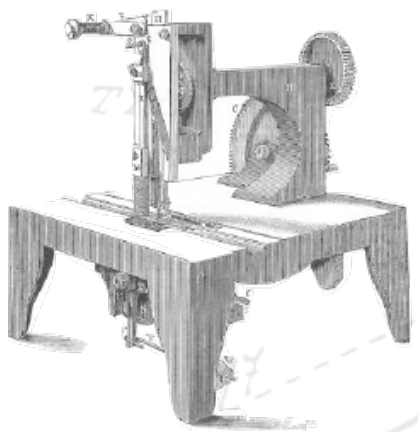
Mercedes no solo escribe apuntes con ideas descabelladas, además colecciona ilustraciones. Consejos prácticos para el buen lavado o planchado de prendas más finas y que la ropa luzca impecable. A veces, copia datos mientras ojea una revista, cualquier detalle de costura o de tejidos que cautive su interés irá a parar a esa libreta. Hasta que llega el día en que la libreta se llenó. Entonces, decide comprarse un cuaderno. Uno más grande y espacioso.

El cuaderno de Mercedes es una caja de sorpresas. Contiene todo tipo de costuras sobre la piel, sobre la tela, sobre el papel, además de otro tipos de rarezas, escrituras y sobresaltos.

Mercedes recolecta dibujos y fotografías. Recortes de ilustraciones o postales *vintage* con máquinas antiguas, o que aparecen en los diarios con sus formas cambiantes a medida

que los tiempos se aceleran. Desde las primeras máquinas que operaban con una manivela hasta las de pedal, hay espacio para documentaciones, información técnica y cuestionarios. Son detalles sobre las emancipaciones del cuerpo. Pero, si esas cosas no le sirven a nadie, dice una de las mujeres cuando ve que la libreta se convirtió en cuaderno. Pero de inmediato, saltan las demás haciéndola callar, entretenidas con la cantidad increíble de cosas, todas juntas y que no se le ocurrirían a nadie más. Mercedes lleva su cuaderno al taller solo en ocasiones especiales. El resto del tiempo ha decidido guardarlo bajo siete llaves.

GÉNEROS: Artefactos creados por el hombre que define o reduce la fauna de animales humanos a dos géneros, y en ello, la mujer ha de poner su mayor empeño en esto de aprender a esperar el turno. Dícese también de un conjunto de seres o cosas con caracteres comunes, partes de un todo fundado y organizado por el padre. Sus efectos, se reproducen durante siglos, sistemáticamente.



Paño / tela / carne / huella
cuando se despliega, y deseosa la abierta,
acóplase cuando su brecha expande.
Beso / tejido / labio /
pequeños roces ruborizados
cuando se nutre, trenza, costura y carne.

Escribir / El uso de la tela

Arrojar los pedazos sobre una tela.

Destejer. Desarmar. Descansar.

Desandar por los dobleces.

Aprender a enfrentar la dura competencia.

Arrojar los pedazos sobre una tela.

Las partículas chocan. Se separan. No tienen idea lo saludable que resulta pensar cosas descabelladas.

Coser ejercicios para la libertad.

Manipular los pedazos de cuerpos sobre una tela.

Algunas costureras aprendieron a escribir y también llevan un cuaderno pero son las menos. Un cuaderno es como un diario de vida. Repite Mercedes. Se puede incluir de todo. Pedazos de tela, muestras de botones, hilos, cintas, moldes y patrones, ilustraciones antiguas; láminas técnicas, puntos de vista, diálogos y definiciones. Pero también se puede escribir sobre la vida propia o la ajena.

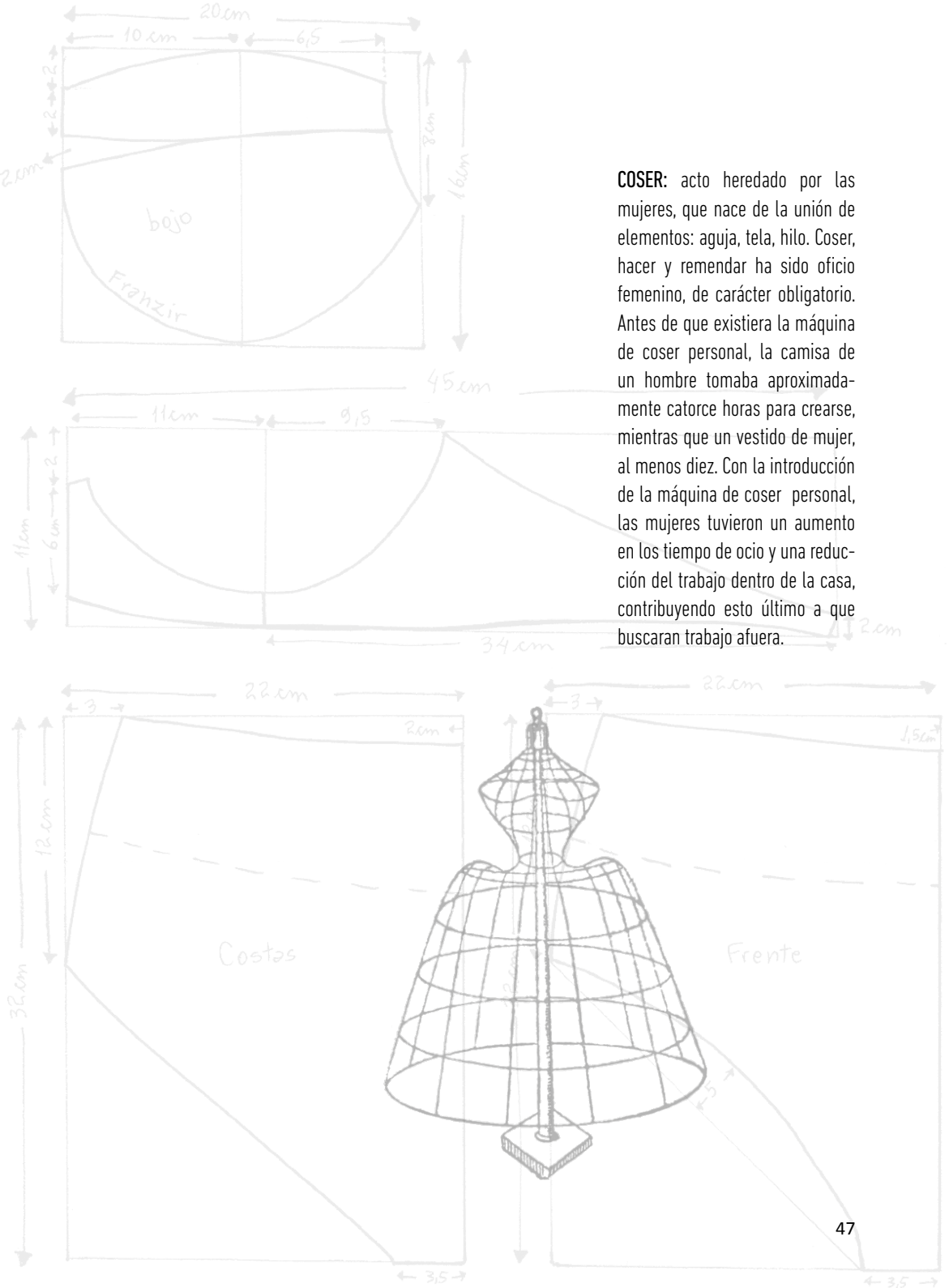
Se pueden describir escenas reales. Se puede escribir de varias formas referidas al cuerpo, también hablar de las horas y horas trabajando en una misma posición y de nuestras vidas cosiendo para otros, puntada tras puntada relegadas a esas labores pero orgullosas del primer salario.

¿Dónde se cruzan las historias y la vida? ¿Dónde las voces y alaridos que recorren los diálogos de todas estas mujeres?

Nunca olviden el cuaderno.

Habrá forma de unir las piezas y acoplarnos, todas, la que escribe en su cuaderno personal, la que defiende los intereses del patrón, la alcahueta; las que multiplican o reproducen las mismas voces y sentencias; la acusete, la que se desarma, la que se desvive; la que muere cuando todo es un desastre. Sin dejar glorias, dolores, complicidades y amenazas.

Una costurera duele, nos duele la vida, nos duele la distancia, nos duele la máquina y también nos duele el pedal. A las operarias nos duelen los órganos, los quejidos y las lágrimas. Nos duelen los pulmones. Nos duele la espalda y las manos. Nos duele el corazón, la biología en el cuerpo que somos y también nos duelen los pinchazos. A las mujeres nos duele el cansancio, nos duele la enfermedad, nos duele parir, nos duele menstruar. Nos duele el trabajo. Nos duelen los hijos. Nos duele el amor. Nos duelen los nervios y las taquicardias porque el cuerpo es la máquina. Produce costuras, suturas que irán enfermando nuestros cuerpos con un trabajo abusivo destinado solo a nosotras las mujeres. A las costureras nos duele el dolor. Nos duele escribir. Nos duele coser, nos duele almidonar, hilvanar las mezclas de suturas indecibles. Siempre queda algún resquicio, una zona donde anclar el maltrato; martirizadas, degradadas, quemadas. Asistir el tiempo cuando la piel resbala cuerpo abajo. Ver cómo la tela cae entre los pliegues. Coser, obsoletas como muchos otros cuerpos, absorbidas por la gravedad, nos hacemos polvo. Hay quienes dicen que renacemos como las plantas. Castigadas por siglos, sometidas y sepultadas por el miedo de los hombres a la misteriosa cavidad que contiene un universo.



COSER: acto heredado por las mujeres, que nace de la unión de elementos: aguja, tela, hilo. Coser, hacer y remendar ha sido oficio femenino, de carácter obligatorio. Antes de que existiera la máquina de coser personal, la camisa de un hombre tomaba aproximadamente catorce horas para crearse, mientras que un vestido de mujer, al menos diez. Con la introducción de la máquina de coser personal, las mujeres tuvieron un aumento en los tiempo de ocio y una reducción del trabajo dentro de la casa, contribuyendo esto último a que buscaran trabajo afuera.

Tipos de puntada

Puntada recta o de cerradura es la más básica, y normalmente estándar en cualquier máquina. Las puntadas son rectas, y lleva una sola línea de hilo. La máquina normalmente utiliza dos conjuntos de hilo para hacer esta puntada, uno de la bobina inferior y uno del carrete de hilo superior, que produce una puntada más fuerte que si se hiciera a mano.

Puntada de cadena es un tipo de costura que se utiliza generalmente para coser dobladillos o hacer puntadas decorativas. Se diferencia de la puntada recta en que los puntos están unidos entre sí en un patrón de cadena a través de la tela.

Puntadas de bordado son puntos decorativos hechos de costuras en cadena. La mayoría de las máquinas de coser modernas tienen diferentes patrones de bordado programados en la computadora de la máquina. Algunas máquinas incluso tienen la opción de diseñar tu propio patrón de bordado y subirlo a la máquina. Las puntadas de bordado puede venir en círculos, flores, estrellas, triángulos, cuadrados, letras y muchas otras combinaciones.

Puntada de ojal hace la vida de los costureros mucho más fácil. Esta puntada viene ya establecida en muchas máquinas de coser que automáticamente cose alrededor del agujero dentro de la tela para sellar los bordes para los botones.

Puntada de sarga conocida también como puntada cubierta o puntada envolvente. Se aplica generalmente a los bordes de la tela utilizando una máquina de coser de sarga. Esta usa una puntada similar al ganchillo para enlazar los bordes de la tela para que no se deshilachen, según *sergers.com.* Las costuras más profesionales son las de sarga.

Hilván es una costura que utiliza puntadas largas para juntar la tela temporalmente. Por lo general, esto se hace a mano, pero cuando se hace con una máquina, es mucho más rápido, de acuerdo con *My Simple Sewing Patterns*. La puntada de hilván se utiliza para juntar materiales resbaladizos para que puedan coserse después.

Puntada de manta se utiliza para coser los bordes de mantas y otras telas. La mitad de la puntada va dentro de la tela, pero la otra mitad va a lo largo de los bordes de la tela en un patrón de bucle.

Dobladillo invisible es un tipo de dobladillo que esconde el hilo por detrás del borde exterior de la tela de manera que sea invisible. Este se hace con una serie de puntos que son mucho más pequeños en la parte de enfrente que en la parte posterior. Esta puntada es estándar en la mayoría de las máquinas, aunque se necesita una base especial para hacer de manera adecuada un dobladillo invisible.

Puntada de zurcido, cose un patrón cruzado de puntos a través de un agujero o rotura en una tela que simula un patrón de tejido originalmente utilizada para hacer la tela.

Puntada de zig-zag es un patrón que se hace de esta forma sobre el material. Esta puntada se utiliza generalmente para coser telas elásticas, de acuerdo con *Singer*, así como para aplicaciones para los bordes y costuras decorativas. La mayoría de las máquinas incluyen un ajuste para hacer esta puntada.

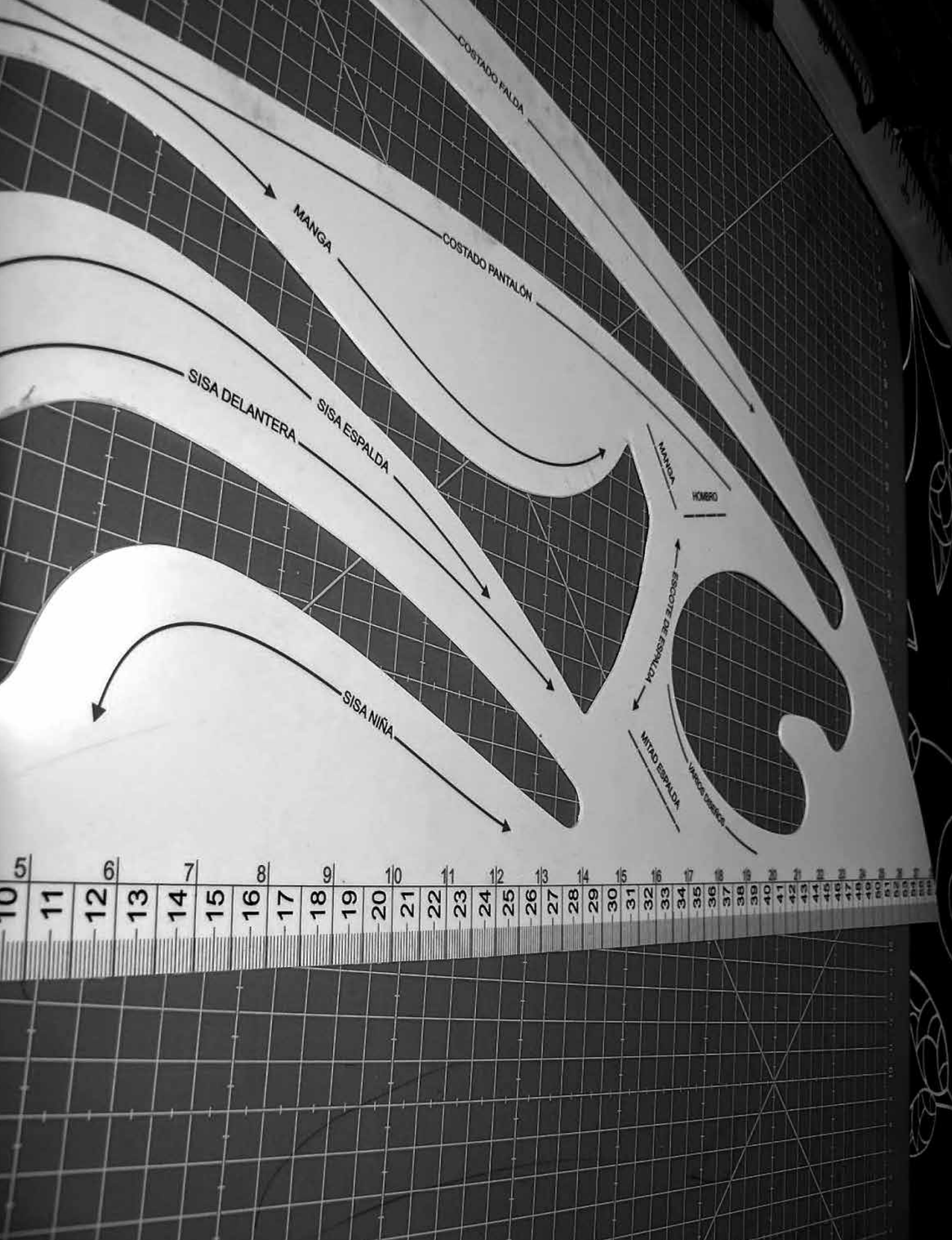
Cierras el cuaderno

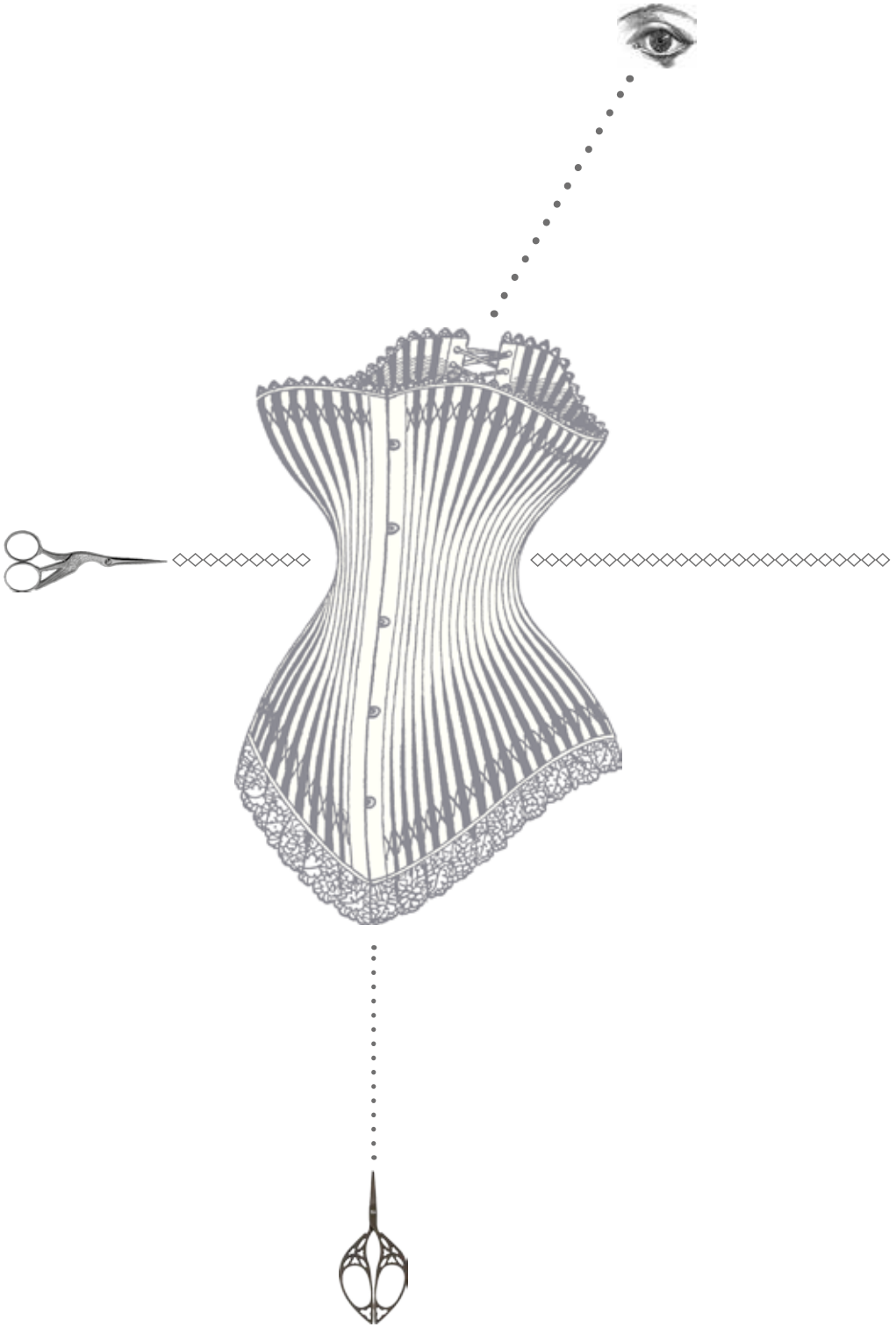
Te decides y saltas a la máquina. Justo atrás del sillón, adosada a la pared donde te sientas a diario, y a una misma distancia o, de la misma forma en que lo haría una operaria, se ubica la máquina de coser alemana. Una joyita comprada veinte años atrás. Dietrich Vesta, fines del siglo XIX. Es una máquina cara y sofisticada, una legítima rareza –dijo el anticuario.

En esos años las familias se trasladaban con todo y sus máquinas, sus vestimentas, sus costumbres. Venían a probar suerte al nuevo continente, algunos huyendo de la guerra o el hambre. Venían con esperanza en las manos.

En el mundo simultáneo, abierto y extendido, en lugar de consumir acostumbrabas recorrer las ferias, hurgando entre los cachureos y trastos viejos buscando los rastros escondidos de algún antepasado. Anclada al insoportable paso del tiempo, repites el sonido de las teclas en do sostenido. Escribir es como coser los pedazos de una tela. Como todo organismo que al moverse se oxigena extendiéndose a lo largo de esta piel que llamamos mundo.

En un ir y venir de movimientos que se reproducen, esta vez pondrías trozos para elaborar en ellos una atmósfera, instantes, diálogos de otras historias que nos atraviesan a todas las mujeres. Aprenderías a hilvanar costuras más abajo de la piel. Cuerpos de niños muertos flotan cerca de las costas. El mar es negro. La imagen es del noticiero. La máquina de coser de uso doméstico surgió durante la primera revolución industrial. Cosía tela y otros materiales con hilo. Considerando las múltiples cuadraturas, en un tiempo-espacio diferido se alojan los implantes. El resto son órganos, hígados, corazón, pulmones con sus números de serie que flotan suspendidos en el líquido amarillo.


COSTADO FALDA
MANGA
COSTADO PANTALÓN
SISA DELANTERA
SISA ESPALDA
SISA NIÑA
MANGA
HOMBRO
ESCOTE DE ESPALDA
MITAD ESPALDA
VARICES DIAGONAL



Modales de una costurera

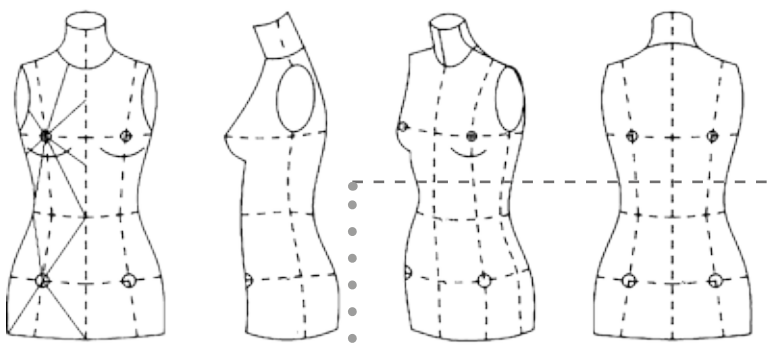
El espacio está protegido. Las puertas cerradas. Las mujeres preparan la sala. Allí opera la máquina. Condicionado el espacio con utensilios, suturas y desinfectante; un pequeño recipiente para amontonar tejido; vendas, algodones, paños. No es un gran recinto, ni demasiado confortable, pero está limpio y cumple con condiciones mínimas de higiene. Los preparativos se ajustan según el número de meses.

Allí se confirma la voluntad. La decisión es de las mujeres, y si dependiera de los hombres, bienvenidos los fetos al festín con sus millones de células, todas provenientes de una sola y que la vida se propague por el cuerpo con sus remanentes y residuos inviables. Bienvenidos a la gran máquina demoledora de cadáveres. Los deberes de la biología y sus réplicas. El azar o la voluntad. Los resabios, las violencias.

La joven se recuesta en uno de los mesones.

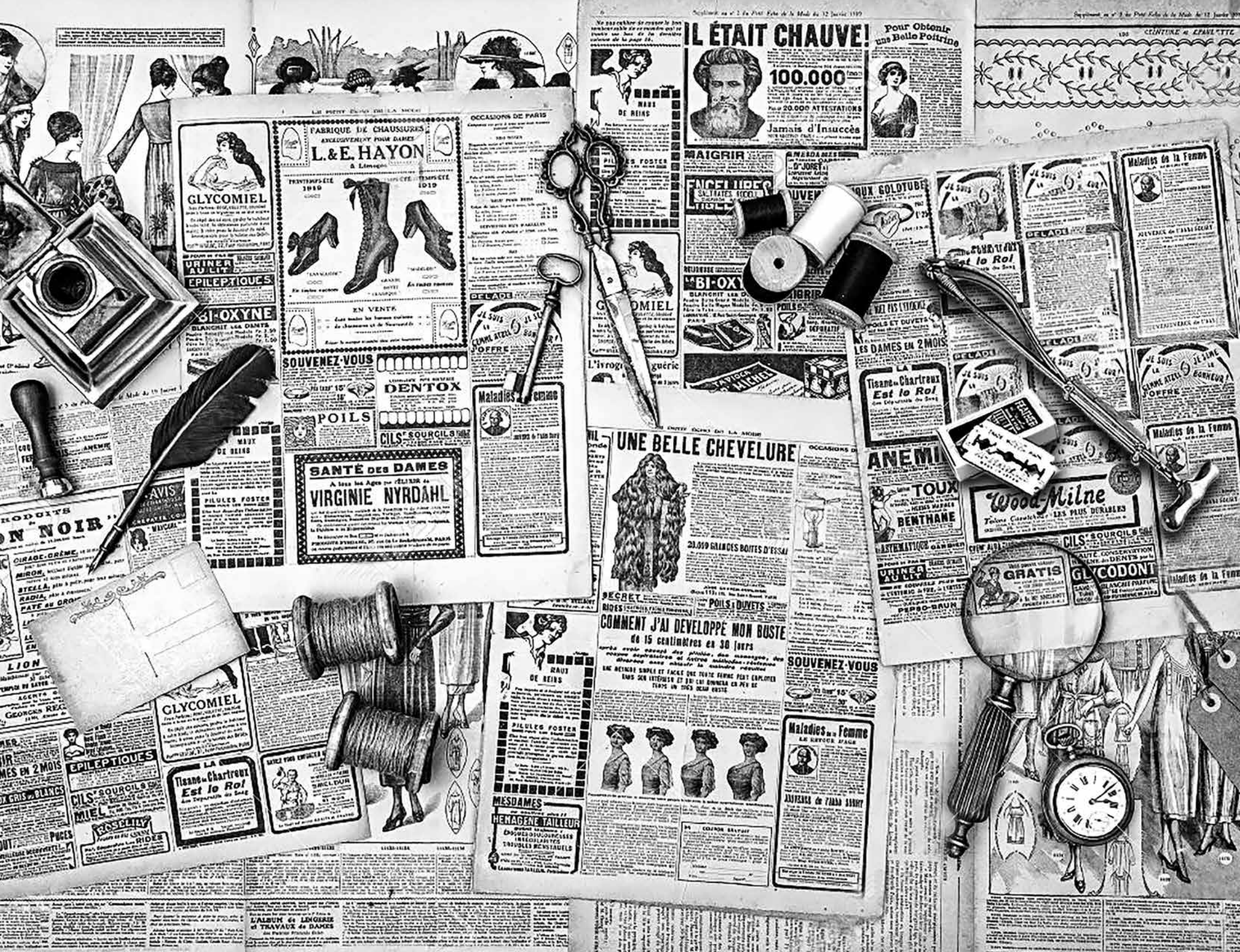
Con algunas prendas simularon para ella una camilla. Sección corte. Está temblando. Temblando sube las piernas. Otra mujer la ayuda a acomodarse. Es natural que te sientas así –le dice. Nuestros cuerpos albergan tantas historias. La mujer le ayuda a abrir las piernas. La respiración de la joven se agita.

Tranquila –le dice, mientras acaricia su pecho con suavidad ayudándola a relajarse. Las mujeres somos un conjunto de piezas raras, conectadas por el miedo encajamos en continuidad. Nacemos con una natural afinidad por las máquinas. Nuestros cuerpos configuran una fuerza productiva poderosa.



«Y cuando ordenador era un término
que se aplicaba a trabajadores de carne y hueso,
los cuerpos que los componían eran mujeres.
Hardware, software, wetware...
antes de sus comienzos y más allá de sus límites,
las mujeres han sido las simuladoras, ensambladoras
y programadoras de las máquinas digitales».

Ceros + Unos,
Sadie Plant, 1998.


IL ÉTAIT CHAUVE!
Pour Obtenir une Belle Poitrine
100.000 francs
Jamais d'Insuccès
MAIGRIR
GLYCOMIEL
FABRIQUE DE CHAUSSURES
L.&E. HAYON
URINER AU LIT
EPILEPTIQUES
BI-OXYNE
SOUVENEZ-VOUS
DENTOX
POILS
CILS SOURCILS
SANTÉ DES DAMES
VIRGINIE NYRDAHL
UNE BELLE CHEVELURE
COMMENT J'AI DEVELOPPÉ MON BUSTE
de 15 centimètres en 30 jours
Maladies de la Femme
Tisane de Chartreux Est le Roi
ANEMIE
TOUX
BENTHANE
Wood-Milne
GLYCODONT
GRATIS
MESDAMES
HEMAGÈNE TAILLEUR
L'ALBUM de LINGERIE et TRAVAUX de DAMES

Dejar sentir sus voluntades contra los gritos.
Verlas cargando fetos, muchas veces incubados a la fuerza.

Otras prácticas femeninas

Tengo ocho semanas. Me llamo Aurora y busco un método efectivo. ¿Alguien conoce algún remedio casero? ¿Probaste con el té de ruda y canela? Hola. Soy Lorena. Tengo doce días de atraso y mucho miedo. Pregunta, estoy cociendo el té de ruda pero no se qué más se hace. Me llamo Carmen. Estoy desesperada, el examen dio positivo. Todavía no paso de un mes. Empecé tomando agüita de canela varias veces al día. Dicen que también es efectiva la planta de poleo. Tengo catorce años. Me llamo Iris y estoy acabada, da lo mismo que me vaya al infierno. Necesito un remedio casero y que nadie se entere. ¿A alguien le dio resultado? Tengo uno cien por ciento seguro y efectivo, funciona si tienes menos de cinco semanas. Sigue estos tres pasos durante diez días. Primero. Tomar té de canela con el estómago vacío. Luego, otra vez, al medio día y antes de dormir. Segundo. Tomar Vitamina C por diez días. Doce pastillas de 500 mg. los primeros dos y vas aumentando cuatro cada dos días hasta llegar a treinta (produce diarrea y hay que hidratarse). Tercero. Tomar té de perejil, ajo y limón, quince minutos antes de una ducha y agua caliente. Meter una ramita de apio en la vagina lo más profundo que se pueda durante una hora. ¿Y el té de canela funciona? ¿Alguien sabe cómo se prepara la canela? Tomar té todo el día y estar sin comer dos para que el cuerpo se debilite y suelte el feto. ¿Alguien sabe cómo preparar refrescos de ruda con la Vitamina C? A la semana de tener relaciones me vino la regla. Me hice el examen, tengo un mes de atraso. ¿Y te funcionó la Vitamina C? A mí no me ha bajado en dos meses. ¿Y, qué paso después? Casi me muero, tuve intensos dolores en el útero. Pero resistió y ya tengo seis meses. A mí tampoco me resultó. Mentiras. El médico dice que algo no anda bien. Sentí

fuertes dolores durante días pero no pasó nada, afortunadamente nació sano. Yo usé la receta de la ruda. ¿Y qué es la ruda? Mentiras. Recomiendo probar una fórmula por una semana. Si no resulta, probar con otra cosa. ¿Y resultó? Cuéntanos más. Llevo diecinueve días de espera. Yo, treinta. ¿Y tú, qué hiciste? ¿Tienes algo? Todo sirve. Nunca supe si el remedio funcionó o fue un error del test. Me bajó en una semana. Cómo sea, me llevé un gran susto. Ningún remedio casero funciona. Hijos mal nacidos y deformes. Dicen que la ruda se hace hervir y que la canela se pone directo en la taza sin cocer. Hay quienes dicen que Dios no existe. Por qué no pruebas con el ajenjo, me contaron que tiene mejores resultados, desconozco las cantidades pero alguien debe saber, es cuestión de preguntar. Me llamo Macarena. Tengo tres semanas y tres días. Me hice la prueba. Salió una línea más oscura y la otra débil. Tengo cuarenta y cinco años. Me llamo Rosa. Rompimos con el padre. Jamás pensé que esto me pasaría. Tengo uno y no quiero dos. No tengo trabajo. No lo quiero. A mi edad, no quisiera un hijo deforme. Probé con el ajenjo y hoy serían cuatro días. Lo tomo en la mañana y por la noche. Me tenía que bajar el dieciséis, llevo cuatro y no pasa nada. ¿Y ahora, qué? ¿Preparo té de perejil? Una amiga me recomendó té de ruda con aspirina. Lo tomé por una semana. Pero no me baja. ¿Saben si la canela y la planta del poleo, juntas, son efectivas? Soy Marta. Tengo dos meses y algunos días. No se cuántos. El examen acaba de dar positivo. Tengo quince años. Estoy estudiando y si mi madre se entera me mata. Todo se mezcla directo. Hay mujeres dañinas. ¿Probaste el té de ruda? Bien mezclado con Vitamina C, dicen que es estupendo. Me llamo Carmela. ¿Cuánto tiempo después te bajó? El test dio negativo pero todavía no me llega la regla. No puedo más con la ansiedad. No quiero arriesgarme. ¿Cuánto demora en bajar? ¿Cómo se toma la ruda? ¿Cómo agrego la

Vitamina C al té de ruda? ¿Cómo no lo pensaron antes? Dicen que puedes hasta morir cuando te metes cosas al cuerpo. Tomo perejil el día entero y nada. Todas se quejan. ¿Dónde puedo conseguir la planta de poleo y la Vitamina C? Condón o pastillas. ¿Las venden? ¿Cómo mido doce gramos de Vitamina C? Mentiras. Usa condón. Me llamo Génesis. Tengo tres meses de atraso. No entiendo lo que dice la etiqueta. No te hagas. ¿Y si el condón se rompe? ¿Y si las píldoras no funcionan? Nos equivocamos. Falta criterio. ¡Mujer! ¿Cuánto de atraso? Un mínimo de apoyo entre mujeres. ¡Por favor! Dos participan en el coito. ¿Pudiste? ¿Te resultó o sigues igual? ¿En serio te dio positivo? ¿De cuántos días? *Mifeprestona,* tengo una caja y también una de *Misotrol.* Pensé que la necesitaba pero me bajó. ¿Y no murió el feto? Tuve pérdidas espontáneas. En la última, el corazón dejó de latir y murió adentro. Mi corazón en pedazos esperó que el cuerpo expulsara a la criatura. ¿Te queda *Misotrol* o *Mifeprestona*? Es urgente, los días pasan. Ni a favor ni en contra, cada cuál escoge qué hacer con el cuerpo. ¿En cuánto me dejas las pastillas, los métodos, los fluidos? Buscar la salida fácil. ¿En cuánto los materiales que aporta el varón para complementar el proceso? ¿En cuánto el derecho sobre la vida del feto? ¿Cuánto es Vitamina C en exceso? ¿Cuánto tiempo debo esperar para que haga efecto? Cuerpos-restos crecen como delincuentes. Nadie los adopta. Los matan o los tiran a la calle. ¿Todavía vendes esas pastillas? Por gente como tú, muchas de nosotras mueren. *Taneciprol.* Pídela literal. Está a buen precio, tiene los componentes necesarios y funciona. Tengo una hija está embarazada y solo tiene dieciocho. Si decide tenerlo bien, pero si la niña no quiere, yo la apoyo. No me jodas. Estoy a favor. Solo dime qué hiciste y si te funcionó. No todas las frutas maduran igual. Se hace, y ya. En cinco minutos te quedas embarazada. Tener sexo no siempre es una decisión. Subir y bajar escaleras. Hacer ejer-

cicios de fuerza y no parar de moverse. Antes de los primeros tres meses, andar en bicicleta hasta que te baje. Ay dios. Usar tacones para caminar en una sociedad que te expulsa. Ay de ti y de mí. Las mujeres necesitan métodos, no sermones. Cuerpos-restos para toda una vida. Lo que una mujer decide se respeta. Con no anidar o interrumpir el tejido es suficiente. Con nueve semanas el peligro es para ambas, demasiado tiempo, demasiado tarde, demasiada vida. Consigue *Oxaprost*, es efectiva, se introduce una en la vagina y se toman dos oralmente. 100% segura. Se vende solo con receta. ¿Y las pastillas masticables sirven? Es urgente, me llamo Claudia, haría de todo y más pero no se cuántas pastillas tomar antes de morir de asfixia.

Entre las piernas se enhebra la vida. Apenas un hilván sobre la tela y dejamos de ser anónimas. Aprendemos a soltar amarras. Una vez cruzado el laberinto nadie puede castigarnos.

Una operaria agoniza en la sala de corte. Su riesgo es vital. Señalar lo malo y lo bueno. La carga que traerá la criatura es irrelevante. Las mujeres deciden. Nos reconocemos en las suturas, los cortes, las hemorragias, los dolores menstruales. Paños fríos o calientes. Las situaciones son todas distintas. A veces, no hay cómo detener la hemorragia.

A lo lejos, suena una sirena.

> *Hicieron agujeros en mi cuerpo y no contentos con eso, no supieron extraer todo el tejido, los utensilios quirúrgicos traspasaron el cuello dejando cicatrices letales. Tuvieron que rajar la tela y hundir otra vez sus instrumentos en mi órgano dañado para evitar que la enfermedad se propagara pero el sangrado fue excesivo y la infección llegó a las trompas.*

Mercedes cierra el cuaderno. Vuelve a la máquina. Endereza la tela, ajusta el pasador y aprieta el pedal.

Durante siglos, la costura y sus implementos fueron parte de una producción doméstica relegada a la llamada sub-cultura de la mujer. En la categoría de "un oficio femenino" y por lo tanto no remunerable, giraba en los márgenes de los intercambios económicos y políticos de un espacio público donde los hombres, por su participación siempre activa, se atribuían el rol de sujetos de la Historia. Dado este contexto, no es de extrañar que María de Zayas y Sotomayor (1590-1661) protestara frente al hecho de que le fueran negadas a la mujer tanto las armas como las letras sustituyéndolas por ruecas y almohadillas en un quehacer que las mantenía atadas a la casa y en una posición subordinada.

Dentro de una línea artística que legitima los "quehaceres femeninos", Eugenia Prado en *Advertencias de uso para una máquina de coser*, moviliza la costura desde diferentes ángulos y perspectivas potenciándola como un signo de significados plurales y heterogéneos en un haz de discursos que van desde la supuesta objetividad denotativa de las instrucciones y definiciones enciclopédicas a las notas del diario de una costurera y el epígrafe de La piel del zorro de Herta Müller, donde un racimo de agujas y un coágulo de sangre representan la maldición de una violencia con sus hilos ovillados sobre el mundo.

Advertencias de uso para una máquina de coser se enfoca en un grupo de operarias que trabajan en un taller con turnos extendidos y un sueldo miserable. Entre ellas, Mercedes registra en su cuaderno las voces de esta comunidad de mujeres y reflexiona tanto acerca de este entorno social como en su propio texto: puntadas e hilvanes de historias, de apuntes e ilustraciones que constituyen una confección de retazos diversos. La costura deviene, así, en metáfora de la escritura. Además, el oficio de coser se asocia también con la existencia de la mujer en un zurcir de heridas, entre ellas, aquella provocada en su cuerpo por la gestación de otro cuerpo y el desgarro del aborto. La polifonía de voces al final de *Advertencias de uso para una máquina de coser* pone de manifiesto un acervo cultural, generalmente silenciado, de diferentes saberes entre mujeres de los estratos populares para provocar un aborto que es herida emocional y un corte de la tela de un cuerpo entre cuyas piernas "se enhebra la vida".

En este libro, Eugenia Prado transgrede los límites patriarcales adscritos a la costura infundiéndole dimensiones trascendentales que hacen de tal oficio, fuente de reflexión social y artística.

Lucía Guerra, escritora y crítica literaria.

editorial carnicera

ISBN: 978-956-09098-0-0